

otros los españoles un doble motivo de admiración y de simpatía. De admiración por su obra relevante, y de simpatía por motivos de vecindad, ya que vió la luz en el país vasco-francés y porque demostró tenerla, sin duda por afinidad espiritual, por España y por su música, que sentía y admiraba, y en cuyo folklore se inspiró para componer muchas de sus obras.

La personalidad de este compositor no es como, por ejemplo, la de Debussy, nativa, sino lenta y concienzudamente elaborada a través del tiempo, del estudio y de la constante introspección. Fueron Gabriel Fauré y, sobre todo, Debussy quienes influyeron fuertemente en él en los comienzos de su carrera artística, pero poseedor de un temperamento distinto, no aprovechó de ellos más que una parte de sus enseñanzas y conceptos, la que coincidía con su modo de ser, que fué separándose para, buscándose a sí mismo, expresarse en un lenguaje distinto. El impresionismo de Debussy, que al principio cultivara Ravel, fué transformándose en éste y convirtiéndose en expresionismo vital, colorista y objetivo, y buscó, más que la quintaesencia expresiva, la plasticidad de la forma y las vivas luces del color.

Aún siendo un revolucionario —acaso por seguir la moda al uso de su época en Francia en la segunda mitad del siglo XIX—, se muestra enamorado de los clásicos de su país y, en cierto modo, sigue sus huellas, produciendo obras como *La tumba de Couperin* y *Sonatina*, que patentizan la admiración por su delicadeza y por su exquisitez.

Ravel, que por su carácter y por su vida independiente no se sometía con facilidad a las exigencias del mundo social y musical en que se desenvolvía, que como estudiante no sobresalió por su *aplicación* ni obtuvo el codiciado «Premio de Roma», fué al-

canzando un nombre y ascendiendo en el respeto y en la consideración de músicos y de aficionados e imponiéndose con su música cada vez más personal y, por lo tanto, también más discutida, llegando a ser considerado como un maestro indiscutible, extendiéndose su fama por todo el mundo y figurando sus obras en los programas de los grandes conciertos sinfónicos.

La música aplicada a la coreografía fué objeto de su predilección, y así compuso, entre otros, su célebre ballet *Dafnis y Cloe*, que es, acaso, entre toda su producción, la obra que ha consolidado su fama y su personalidad.

En sus obras pianísticas, ya escritas para este instrumento solo, ya con acompañamiento de orquesta, se muestra, aunque audaz y atrevido en la forma, dueño seguro de una técnica sólida y nueva, y su *Concierto para piano y orquesta* forma parte del repertorio de los grandes virtuosos del piano.

Si como compositor su figura se destaca de modo bien notable, acaso donde su personalidad se acusa de un modo decisivo y nos atreveríamos a decir, genial, es como orquestador. Es tal su dominio de los secretos de este arte, que con su paleta orquestal consigue efectos, contrastes y sensaciones que bien pudiera calificársele al mismo tiempo que como gran músico, como gran *pintor*. Son maravillosas las deslumbrantes combinaciones que obtiene con el manejo de los timbres orquestales.

En el índice de su producción ocupan un pequeño espacio los títulos de obras inspiradas en la música española, especialmente en la del género folklórico, y así hace célebre su hasta la saciedad divulgado *Bolero*, de persistente ritmo y repetida melodía, y se interpretan en el mundo entero *La hora española*, *La Sinfonía española* y las canciones cervantinas.